

otra parte es ante todo, más que todo y sobre todo nuestra más tierna y cariñosa Madre. Almas cristianas, justos y pecadores, poneos en movimiento. Tiernos niños, coged en los prados la humilde violeta; candidas doncellas, formad guirnaldas y coronas embalsamadas; madres de familia, despojaos de vuestros adornos y cooperad con ellos al adorno del trono que todos á porfía vamos á levantar á la augusta Soberana. ¿A quién? A nuestra Madre; sí, á nuestra Madre, vida, dulzura y esperanza nuestra en la aflicción y en la alegría, en la vida y en la muerte y aun más allá de la muerte, en el tribunal supremo de su benditísimo hijo Jesús para alcanzarnos sentencia de vida eterna. ¡Madre! ¡Qué nombre tan dulce! No hay nombre que pronuncien con más agrado los labios y el corazón. Y para animaros más y más, lectores míos, á poner en María toda vuestra confianza, yo quiero que sepáis que ella es la más tierna, la más cariñosa, la más perfecta de todas las madres, es la obra maestra del corazón mismo de Dios. Y ¿qué gracia le pediréis en este mes instituido todo para darle un culto especial, cantar sus alabanzas, meditar y publicar sus virtudes, grandezas, escelencias y prerogativas y sobre todo el gran poder de que se halla revestida, qué gracias le pediréis, digo que no os conceda con mano franca y liberal? ¡Ah! María derramará bendiciones sobre vuestra familia, sobre vuestros negocios, sobre vuestros campos, os dispensará salud corporal y éxito felicísimo en vuestros planes, todo en cuanto pueda servir á vuestra salvación eterna. ¿Y tocante á la vida espiritual? ¡Oh! amando como ama á nuestras almas por las que ofreció hasta á su propio hijo como hostia de saludable expiación, deseando como desea nuestro bienestar eterno ¿qué no hará por nosotros pobrecitos pecadores si contritos y humillados acudimos en estos días de salud, en este tiempo aceptable al altar de sus divinas misericordias? Si asegura S. Anselmo que la devoción á María es señal de predestinación, si el meliflúo Bernardo no ha temido lanzar á la faz del cielo y de la tierra este atrevido desafío: «Yo consiento, gran Señora, en la abolición de vuestro culto, si uno sólo—uno sólo—de los que han implorado vuestra protección no ha sido socorrido»; ¡decídmelo por Dios tres veces santo, y ¿no ha de tener poder en el corazón de su Hijo para conseguir la conversión del pecador que reclama su